Javier Vela

Cuando el monarca espera

XI Premio Iberoamericano
de Poesía Hermanos Machado





Índice

Créditos

Cuando el monarca espera



Javier Vela

Cuando el monarca espera

XI Premio Iberoamericano
de Poesía Hermanos Machado



Di toda la verdad, mas dila al sesgo

E. D.

I

EL POETA ESCRIBE ENTRE LÍNEAS

El poeta escribe entre líneas.

Ve cómo las palabras ruedan por la espiral del pensamiento
hasta desvanecerse en su descrédito.
Mudas, como una lengua nunca hablada, las deja naufragar.

Hay gestas que recuerda con la certeza de lo que nunca ha
ocurrido.

Así, mudando, un niño no llegado.
La risa de una anciana que se dispone para entrar en la muerte.

Aúlla tarde, el poeta, cuando la policía ya se ha ido a dormir.
Vive a la sombra enferma de una higuera o es aleación de tierra,
de tiempo vertical.
Su soledad refracta vecindades y sus ruegos apenas si se oyen
más allá de la página.
Su cuerpo flota en el río en cuyo fondo fermenta la eternidad.

En según qué países, baja con la marea y los tobillos
graciosamente atados.
La rebelión encarna de un modo extraño en su cuerpo, al que ya
nada turba.
Suyo es el primer paso hacia el futuro.

De boca en boca esparce su escritura para que las corrientes se la
lleven.
Porque su voz es solo una instantánea, una invención de aire;
y su palabra, la metáfora de un silencio prohibido.

Sueña a menudo con visiones adulteradas
y emborrona con gesto sibilino un trozo de papel.

Sin embargo, no está seguro de existir todo el tiempo.
¿Quién puede al cabo reconocer su presencia en la secuencia
mecánica de sus pasos?

A veces, lo arruina el decreto de una fatalidad.

Permanece de incógnito hasta que sus palabras, uniéndose por
medio de sordas afinidades, anticipan la forma precaria de
una frase.
Ahí, en ese instante de indefensión y torpeza, nace el poeta
acaso.
Ahí se desencadena la sucesión de sus metamorfosis.

Un haz de líneas perdidas, un punto accidental lo delatan.
Su rostro cambia de pronto al revelarse por vez primera en
público:
inaugura otra máscara.

Camina a ciegas entre sus palabras.
Se opone en vano al descarrilamiento de sonidos e imágenes
que percuten su mente sin que nadie lo auxilie.

Fingiéndose vencido, se desnuda y permite que sus pies acaricien
la hierba dulce del sueño
donde principio y fin vuelven a unirse.

Último pájaro que precede a la noche –el que no deja rastro–,
solo la nieve sucia del recuerdo le protege del frío.
Aparta las cortinas en que se oculta el hijo que no tuvo y se dice
a sí mismo:
Todo está ahí, esperándonos.

¿Qué resquebrajaduras se dilatan al fondo de su ser?
Cierra sus ojos sobre ficciones y huidas.
Contra su pecho aprieta como una fruta madura el vaso de la
mentira.

Se querella en las fiestas, baila bajo el rumor de los abismos.
Se queda mucho rato esperando el relámpago que haya de
liberarle, sin que nada suceda.

¿Cuándo comenzó todo?, se pregunta.

Nació en la época de los grandes auspicios.
Llovía mucho y su cuerpo vacilaba entre angustias
en el letargo y en la violencia de los caminos.
La mujer que en su vientre reprodujo la concatenación de las esferas zanjó el orden del mundo.
Algo tembló en el aire, y en el relato de su alumbramiento ella arraigó en el mito.

Sonoro exilio, el suyo. Llegó nacido con una antorcha en las manos.
El flujo de sus venas se le transparentaba a la luz de las llamas.
Hubo entonces un grito y luego un ciclo de paz,
un período de instintos germinales y de sordas caricias,
pero la estela desarreglada del llanto siguió vibrando en el tiempo.

Ahora, sus ojos ruedan ciegamente en la noche.
Palpan sus manos las calcinaciones de lo que nunca fue.
Oye incansablemente, no muy lejos, un desmoronamiento en las murallas
desde las que descienden los vapores del sueño.

A tientas sigue el trazo de la flama que antojadizamente se desdobla
nimbando el candelabro.
Sombras entrelazadas que supuran arabescos de ámbar.

Ve sus proyectos desvanecerse en el aire como teatros bruscamente abatidos.
Seca sin ímpetu el trasudor de sus manos
que modelan ausencias y susurran la música ignorada
mientras afilan la superficie de un leño.

Pero sus palmas serenamente se abren a la plazuela de la inexistencia,
de lo que está sin nombre –forma de un cuerpo en fuga–,
momentos antes de la ruptura anunciada y el regreso ficticio a lo real,
a la frontera de lo esencial con lo efímero.

Ráfagas sucesivas de energía y materia le sacuden.
Su risa es una selva.

Aprisionado en la experiencia interior, alcanza a veces el umbral de las lágrimas.
Por todas partes surgen en él oquedades, proliferan cansancios.
El eje negro del vértigo sostiene su equilibrio.

Alguien (ni mucho menos un hermano) lo persigue y lo
encuentra desandando sus pasos,
ganando las orillas del origen sin cesar elidido,
las arenas de un tiempo que se extiende entre el mar y la muerte.

Alguien restaña en vano las esquirlas de un sol pulverizado,
pero a la irrealidad de su pasado sigue la irrealidad de su
presente,
coral y hueso, astilla, ¿no lo veis?

Con la primera arcilla fue creado y, ahora, mirad sus huellas,
fósiles del futuro, donde un cactus sin vida se abre a los
sortilegios de la sed.

Fruta sin nombre que no lograse encarnar.

Para pulsar la urgencia de la sangre que bulle y se remonta,
y que atraviesa eléctricamente su cuerpo de pies a cabeza,
hunde en el paladar de los enfermos la aguja que más duele
hasta oír su resuello en la fricción del silencio contra el
silencio.

Antes de huir, quizá funde un camino.

Noche estéril del alma cuya luz no le alcanza,
luna de los noctámbulos discretamente huidos, no le convoques más.

Muy lejos quedan las raíces del cielo,
la noche parturienta que le expulsó hace décadas
y en cuya amnesia sigue vagando sin tregua,
hasta el agotamiento recorriendo los bares –noche disuelta en vino–
como un ciego abandonado a las puertas de la ciudad.

Él es la estaca donde la culpa se enrosca interminablemente,
enmarañada de polvo negro y sudor.

Como un ave enjaulada, crea un sueño a su medida.
Caen como gotas secas sus vergüenzas.
La celda de sus huesos no brillará ya más.

Sus labios se entreabren a la cadencia de las calles y de los ríos.
Le impacientan los cláxones y, en cambio, no es raro oírle cantar.

II

¿QUIÉNES SON, LOS POETAS?

¿Quiénes son, los poetas? Niños bailando sobre los escombros.
En los confines del espacio ¿qué buscan? Una estrella apagada
hace ya mucho.
Un país de sombra y sueño, dunas, rocas y arenas
del que los dioses desertaron a prisa.

Sus huesos se revelan bajo la piel translúcida y, a veces,
duermen en hospitales donde una hermana afásica
gasta largos veranos desfigurada por los estragos de la demencia.

De la nieve y la luna, la tierra dura, el gusto amargo del viento,
apenas saben nada, pero, al cruzarse con ellos, el día baja los
párpados.

Un niño habla en su nombre. En su mirada se persigna un
extraño.

En un planeta apenas más extenso que la cutícula de la menor de
sus uñas ha erigido su casa.

Lo que tomó prestado en otra época lo ha devuelto con creces:
el lenguaje, ese tejido de sonidos vibrátiles,
el acarreo zigzagueante del tiempo en que alienta el poema
–párpados hilvanados por el sueño, ahí–
y la nostalgia de quien detiene un columpio.

Gritos casi inaudibles le circundan, presa del movimiento
sincopado
con que la música repercute en su oído.

Sabe que la escritura no transfigura nada.
Hablar es despedirse. Cada palabra es una despedida, dice.

Si el cuerpo es un desierto, él es sin duda la raíz de una isla.

Se hunde en la fiebre, ahora. Cae de la noche al sueño.
Funda un bosque de fábulas en el cual vive días.

Atenúa su presencia. No llama a nadie y pocos le visitan.

Se desprende de todo: voces y seres, rostros y silencios.
Su cabeza, sus hombros, sus tobillos yacen en la resina del recuerdo.
Su tez desprende la rigidez de la piedra.

Camina en sueños por los arrecifes donde perdió el anillo del vivir.
Multiplica su carne. Conjura el duelo en risa. Se vuelve loco de sí.

Cierra los ojos y el poder de sus músculos remueve falsos espejos.
Su cuerpo adensa un río cuyo cauce desemboca en él mismo,
un flujo en el que arraiga su experiencia del mundo.

Él es el rey del sueño. Abdica en la vigilia y el mar asiste a su coronación.
Pero aún no quiere dormir: la noche es una casa inhabitable, una herida sin límites.

Siente la turbación de quien desciende por los escotillones del
olvido.
Está perdido en el tiempo, entumecido por el letargo del tiempo,
mientras ante sus ojos parpadea una estrella imaginaria.

¿Qué hacía Dios, se pregunta, la tarde antes de que lo
nombráramos?
Dormir en las palabras, callar de angustia, gravitar de violencia.
Innumerable, múltiple.

Somos nosotros quienes toleramos sus trances y delirios;
la fe transfigurada en compasión, el misterio en certeza.

Lo que no alcanza el éxtasis acaba columpiándose bajo los
ganchos del carnicero.
El mundo es una brecha y él es su propio padre, siempre cansado
de inventar una sombra.

Su cuerpo fue abandonado en compañía de animales enfermos.

Desfigurado, abúlico, amurallado en su incomprensión,
vive y trabaja sin acordarse del llanto.

Está solo –¿está solo?–, rey que perdió su guardia,
cubierto blandamente de metáforas que dan amparo a un alma
no por azar simbólica.

Siempre orbitando alrededor de una idea, él es la lluvia en
callejones oscuros.
La muerte está en sus poemas.
Vive aún en el quebranto de los nervios
y día a día ambiciona lo que le fue negado ya al nacer.

(Eso eres: un sosias, un actor.
Un cuerpo nebuloso que late sordamente confinado en su
herida.)

La duda roe sus vísceras. ¿Cómo anular el yo?
Si hablar es esconderse en las palabras, en el silencio
el ser está desnudo.

Mira el futuro hervir entre sus dedos y espera ser redimido.

Está cubierto de espanto, y sus manos, al tiento,
hurgan en el espejo del recuerdo en que se alternan esplendor y miseria.

Suyo es el gesto que prorrumpe en lo oscuro,
como un agrimensor alucinado que esparciera semillas
por negras landas sin vida.

Batiendo noche, sus párpados vendimian algas muertas en tanto que sus ojos trepidan en el sueño.

Cuando el monarca espera, el tiempo queda en suspenso.

Él ama lo que repta, lo que en silencio habita su hendidura.
(Los astros duermen cuando tú no miras.)

El sueño cicatriza las heridas que lo real le inflige.
Perdida ya la llave, él es el ojo de la cerradura.

Baila la zarabanda del regreso y se demora en la incompletud de su ser.

¿Vibran colores en la memoria del ciego? Vibran.
¿Vibra el presente? Vibra.

Rehén del cuerpo, al fin, cumple sin duelo el rito del exilio.

Cierra los ojos para entrar en el sueño.
Él es su santuario.

La sumisión del verbo a la razón,
la obstinación del verbo por traernos de vuelta a la consciencia,
–escribe: «la consciencia», y algo de él perece para siempre–
apenas si le dejan explorarlo.

Ahora murmura con los labios cerrados.
Sacude su sarcasmo para hablar, sombra a sombra, el lenguaje
del tiempo, coda del canto apátrida.

Dentro de sí la noche arde despacio.

Despierta sin palabras, libre en su desnudez.
Guarda silencio para honrar la mañana.

¿Qué queda de la víspera? Un niño en la distancia, una presencia que se dibuja a lo lejos, donde aún crece el fulgor que difumina la transparencia inmóvil de la muerte.

Arenas descarnadas por el agua y la primera salve del verano pulsando su destino.

El día abre los ojos frente al espejo de su despertar,
mientras un rostro se proyecta en el vaho.

Puede sentir su aliento de instantes imposibles.
Voz que nos exorciza. Un signo, una escritura abandonada sobre el umbral del misterio.

¿Quién sino él recuerda las plegarias con que nuestros ancestros nos crearon?

Regresa del silencio, poco a poco. Algo renace al son de sus palabras
–que se suceden como pasos perdidos– y arde en la fragua de su lucidez.

Este nueve de marzo de dos mil dieciocho hay un estrechamiento en el dolor, una secreta válvula que oprime su garganta y da al árbol talado de su nombre la
pulpa del origen.

Respira la sustancia excrementicia de las primeras lluvias:
luz inhumada y aire que se aleja.

Él es el gong que nace consumado, la flor que crece aislada en campo abierto
no lejos de la zanja donde el futuro entierra nuestros huesos.

III

EL POETA INSISTE EN LA FABULACIÓN

El poeta insiste en la fabulación.

Habla con los suicidas y con el gremio de los soñadores.
Finge con los dementes ser un demente más.

Alguna vez ha escrito: «Memoria, bella esposa; más bella por infiel».
No obstante ¿qué recuerda?

Las colonias de hormigas que entraban y salían por los husillos del patio familiar.
La nieve inmarcesible de su primer encuentro con Amara
y aquel hotel en Serbia donde probablemente vivió Danilo Kiš.

La refrescante frondosidad de los pinos al encumbrar la duna de Bolonia.
La voz de Helena Almeida sonriendo al teléfono.
La nobleza de Laura.
Cruzar bajo escaleras con una absurda sensación de victoria.

«My Romance», de Joe Pass.
La madrugada oculta en Beyoğlú.
Caracoles reptando sobre la tierra húmeda tras las últimas lluvias.
La amistad de Paul Viejo en los vagones de un tren hacia Lugano.
Salvador Clotas recitando a Verlaine: *Les sanglots longs / Des violons / De l’automne / Blessent mon cœur / D’une langueur / Monotone*.

Cuando se hace de noche y no ha cenado pero sigue escribiendo.
La tristeza de Alberto García-Alix.
El vino derramándose entre libros frente a La Belle Hortense.
Las manos sucias de Miguel Ángel Campano ilustrando una carta a Sean Scully y el trayecto terrestre desde Mestre a Venecia.
Pina Baush y Win Wenders.
Y el adagio de Ory: «Sé poeta un instante y hombre todos los días».

El sol, el sol de marzo.
Museos imaginarios en ciudades turísticas: museo de la derrota, de la risa,
del llanto.
El olor a bodega por las calles de Córdoba.
Los últimos poemas de Roberto Juarroz. Los primeros poemas de Roberto Juarroz.
La belleza cansada de su madre y sus manos de invierno.
Y el sobrio beduino que le trocó un saludo, una pulsera, por un libro sagrado en los repliegues del desierto jordano.

La Brujas de Georges Rodenbach.
La socarronería de Fernández Palacios.
El olor a serrín y glicerina que inunda aún los pasillos de su infancia en ciertos días de lluvia.
El fantasma de Kierkegaard en *El túnel* de Sábato.
La mirada serena de Elsa López.
Una papelería de Venecia donde compró un ex-libris con dos siglas que no le representan.
Las tumbas de Vallejo y Cortázar.
Las *Elegías de Bierville*.
Pasear por Berlín de madrugada mientras se hace de día.
«The Wolves», de Bon Iver; «Salka», de Sigur Rós y «Magic Kids», de Indians…

(Imágenes frustradas o desapercibidas mientras pestañeaba, ¿qué ha sido de vosotras?)

Nanas de Louise Bourgeois adormeciéndole sobre una cama inhóspita del Centro Pompidou.
Regresar a Lisboa desde Ponto Final.
La alcoba original de sus abuelos antes de convertirse en un garaje.
Los trenes italianos.
La sutileza de la mujer israelí.
Las manos achacosas de un pianista corriendo como arañas sobre un teclado eléctrico.
Todos los nombres de Fernando Pessoa.

La belleza cautiva de las aves girando en un zootropo.
El día en que su madre y él volvieron a Atlanterra por un libro olvidado de John Banville.
Los ojos de su abuelo, las manos de su abuela.
El cuarto de costura de su abuela, también.
Y el viaje a nado de Manuel Iborra.
Los versos de Salinas: «No quiero que te vayas, / dolor, última forma / de amar».

Todos los libros cuya lectura ha dejado.
El cuento de Arreola «Parábola del trueque».
Una noche de fiesta sin edades con Lars Graugaard en Cádiz.
El dolor de la pérdida en Chet Baker.
Los árboles parlantes del Parque Genovés, que dispensaban versos de poetas latinoamericanos y bajo cuya fronda no llovía.
La historia glauca del color azul.
El cine de Haneke o la imagen del juego como origen del mal.
Manuel Díaz Martínez leyendo aquel poema, «Inmortales», con la espalda encorvada.
Las palmeras plantadas por indianos en las viejas casonas de Colunga.
«Mi hija se viste y sale», de Giannuzzi.
Las fiestas submarinas.
El gimoteo de los violines románticos en la obertura del *Tannhäuser* de Wagner.
Las cartas cotidianas de Roberto Bolaño.
Cuando la bajamar deja atrapados a pequeños crustáceos que él halla entre las rocas, inhábil pescador.
Las iglesias ocultas tras las casas de Ámsterdam.
Los gatos negros de Jerusalén.
Ciertos domingos líricos de invierno en un rincón de La Carbonería.
La noche en que bebió sopa de miso a orillas del Garona, en la hermandad festiva del abate José Ramón Ripoll.
La aldaba de la puerta de la que, siendo niño, no consiguió colgarse.
Sueño y sabiduría en los versículos del poeta francés Jean-Yves

Masson.
Acaso *Praga con los dedos de lluvia*.
El día en que le dio la mano a un ciego para que le guiase por una sala a oscuras.
Las sílabas que amó. Las que ha olvidado.

Suya es la raza de los distraídos, de los sin padre, apátridas, de los divagadores y errabundos.

Habla una lengua muerta, sin edad.

Busca en el centro axial de la sintaxis una semilla de gravedad que lo encarne y lo fije a la tierra.

Incluso a riesgo de quedar demodado,
preconiza el regreso a la palabra exenta de artificios,
la sencilla experiencia del hablar,

desnuda,
libre,
revolucionaria.

Palabras que se hundan en la raíz oscura del presente e irradien unas en otras, lenguaje en expansión.

Las palabras prohibidas, agazapadas en la trinchera de lo imposible.
Palabra-abeja que nos polinice y deponga en nosotros la cera amarga del canto.

Todas esas palabras que navegan como a contracorriente hacia su propia desaparición,
todas esas palabras que anidan bajo el mar,
todas esas palabras hundidas en pantanos y ríos de corto flujo, ¿adónde van al cabo?

Van al país del blanco sol inmóvil.
Al tiempo anterior al tiempo. Al lugar que precede al lugar.

De allí las toma, el poeta.

Cava en los yacimientos del futuro para encontrar su rastro – suyas eran.
En el caos anterior a la creación. Anterior al lenguaje, a la

escritura.
Anterior a la luz del movimiento, acaso. Anterior
al olvido.

De allí las toma ahora y arma con ellas una fortaleza.

Solo él, el poeta, arpista de silencios, constructor de ruinas,
zahorí de pensamientos, morador de caminos, restañador de almas,
solo el poeta vendimiador de verdades, destilador de años y afinador de truenos sabe desentrañarlas.

Arrastrado por ellas, funda una resistencia sin banderas,
un credo sin profetas ni idolatrados mártires. Su causa es la palabra.

Dirá, más bien: su casa
es la palabra.

Se entrega a las palabras con la paciencia de un agricultor, y a veces se descubre abonando una tierra que no existe.
Conjugando una lengua que no existe.

Con los ojos cerrados contemplando la noche.

Campesino sin huerta, solo tiene su exceso, su labranza.
Siempre proscrito, o pobre, o desquiciado.

Corre hacia la montaña.
De cansancio, de espanto, de agotamiento corre.
Corre a través del tiempo –él mismo es su emisario.

Todos los estandartes llevan su nombre inscrito. Todos los mapas.
Todas las estrellas.

Enciende un fuego inútil, un fuego coronado de misterio que el interior no alumbra,
pero que hace saltar como un candado el polvorín de los significados.

Es en sus brazos donde el camino se pierde. Es donde muere el río.
Donde la noche rompe sus esclusas.

Su rostro es anterior a los espejos, heredero de todas las edades.
Fue viejo, adulto, joven; muy pronto será un niño.
Cruza el instante con los pies descalzos.

Huye la noche antes de la revolución.

Regimientos de hombres apiñados unos contra otros
caen repetidamente. Como flores en tumbas.
Floras tomadas. Flores ofrecidas.

Se los cruza a diario. ¿Adónde van?, se pregunta.

Suben hacia el país de la mentira, y no le reconocen.
Si lo supieran, probablemente no irían.
Si lo supieran, se quedarían con sus hijos y sus mujeres, dice.

Y sobrevivirían todavía un poco –el tiempo justo de seguir con vida.

Pero no es él quien grita. No es él quien lentamente se deshace como una
nube en otra.
Es este hombre; acaso esta mujer.

Le habla desde una orilla sin contornos.
Se instala en él y allí crece y arraiga, émulo de su carne.
Dice que estaban juntos en la matriz del mundo. Pretende conocerle.
Que estaban juntos en la morada de lo innombrable, dice.

He ahí de nuevo, el verano.
El tiempo de las flores por millares. Los insectos por cientos y cuyo nombre ignora.
El amor en las bicicletas arrumbadas en el talud.
Los tirantes caídos. La risa de las fuentes.
Este verano que se desgarra y se escapa.

Es un cadáver que ya no puede exhumar, salvo ingresando en el tiempo de la escritura.
Noches contaminadas por la fosforescencia del pasado le extirpan del instante,
y a veces, muy despacio, se le muere en las manos un pájaro de luz.

El poema no escrito, ese es el que más le interesa.
Ama y odia a su prójimo como solo un poeta se ama y odia a sí mismo.

Lo ve doblarse bajo el fregadero y acuclillarse sobre las baldosas, restañando la loza del espíritu.

Ve su esperanza bajo la ropa tendida que se atiranta como una herida en la cruz.

Estas manos ¿a quién le pertenecen?
Estas manos sin cuerpo. Este cuerpo sin rostro. Este rostro sin
ojos.
Estos ojos sin nada que mirar.

Tiene miedo, el poeta. No tiene más que un cuerpo.
Más que una boca. Un siglo.

(Pero su voz se expande como un bancal de niebla.)

En los pasillos, en las escaleras, en la puerta y la calle tiene
miedo,
como un testigo en un país extraño
al que ya nadie espera.

Qué quedará de *esto*, se pregunta, cuando su voz se apague.
¿Desapareceremos como un signo de tiza borrado o sobrescrito por un alumno poco aventajado?

Él, que conoce el nombre de los vientos y de las costureras,
no tiene una respuesta. Mudo como un cartujo, solo anhela
fundar una escritura cuya pulsión alcance para fijar la dicha de estar vivo.

Nunca tendrá descanso, en tanto que el lenguaje
brille en el subcristal de su conciencia.

(¿Es tarde?)

Harto de malandar, detiene el paso, ahora, con la extrañeza de quien recobra un destino.

Piensa: nadie verá mis huellas.

Sin embargo, allí donde se escondan,
donde el monarca entierre las palabras que nos enfervorizan
y se dilatan en la memoria de nuestras células,
bajo tumbas y dólmenes, en un palmo de tierra torturada o en un sueño de piedra,
allí, calladamente, las hallará el poeta.

La poesía se apoya en la biografía.
Es biografía hasta que se hace destino…

L. F.

Cuando el monarca espera
Javier Vela

Esta obra ha sido galardonada con el XI Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, convocado por el Instituto de la Cultura y de las Artes del Ayuntamiento de Sevilla (ICAS) con la colaboración de la Fundación José Manuel Lara. Formaron parte del jurado, presidido por Antonio Muñoz, delegado de Hábitat Urbano, Cultura y Turismo del Ayuntamiento de Sevilla, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Abelardo Linares y Javier Salvago, actuando como secretaria Carmen Hernández, del Servicio de Gestión Administrativa, Económica y Cultural del ICAS

Director de colección: Jacobo Cortines
Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque, Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Avda. del Reino Unido, 11, 1ª planta. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño: Estudio Manuel Ortiz
Maquetación: Manuel Rosal
Ilustración de cubierta: Anónimo, letra capitular de una edición de la *Odisea* (siglo XVI)
Fotografía del autor: Joaquín Puga

Primera edición en libro electrónico (epub): junio 2021

ISBN: 978-84-17453-74-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes